

Imaginarios urbanos, territorio y memoria en Tlatelolco, Ciudad de México
Urban Imaginaries, territory and memory in Tlatelolco, México City
Imaginários Urbanos, território e memória em Tlatelolco, Cidade do México

Liliana López Levi

Profesora Investigadora.

Departamento de Política y Cultura. Universidad Autónoma Metropolitana. Xochimilco.
Calz. Del hueso 1100. Colonia Villa Quietud. 04960. México. D.F.

Estancia de investigación en el Centro de Investigación en Geografía y Geomática Ing. Jorge
L. Tamayo. Contoy 137 Esq. Chemax, Col. Lomas de Padierna. 14240, México D.F.

Email: levi_lili@yahoo.com.mx

Resumen: El presente artículo busca reflexionar sobre el espacio urbano a partir de los imaginarios sociales, enfatizando en los marcos sociales de la memoria, sus implicaciones territoriales y la forma como se manifiestan en el paisaje. En particular, se toma el caso de Tlatelolco, en la Ciudad de México, un lugar simbólico que sintetiza varias formas de memoria urbana y de memoria histórica. Lo anterior en el marco de las teorías sobre los imaginarios, la memoria y el paisaje urbano. Metodológicamente se hace una revisión histórica y se retoman las propuestas de leer paisaje como texto, concibiéndolo como el correlativo material de una dinámica social.

Palabras clave: Imaginarios urbanos, memoria, territorio, paisaje, Ciudad de México.

Resumo: Este artigo discute o espaço urbano com base nos imaginários sociais e memória coletiva, suas implicações territoriais e como elas se manifestam na paisagem. Em particular, o caso de Tlatelolco, Cidade do México, um lugar simbólico que sintetiza as várias formas de memória urbana e memória histórica. Este artigo é baseado em teorias de imaginários sociais, memória e da paisagem urbana. Metodologicamente são utilizadas uma revisão histórica e as propostas de paisagem como texto.

Palavras-chave: Imaginários sociais, Memória coletiva, Território, Paisagem, Cidade do México

Abstract: This article discusses urban space from the social imaginaries perspective, emphasizing in collective memory, its territorial implications and how they are manifested in the landscape. In particular, it focuses on Tlatelolco, in Mexico City, as a case study. It is a symbolic place that synthesizes various forms of urban and historical memory. Theoretically, the discussion it is based on concepts such as imaginaries, collective memory and the urban landscape, understanding the later as a material correlative of social dynamics. Methodologically it combines historical review, as well as landscape analysis, based on reading the landscape as text.

Key words: Urban Imaginaries, collective memory, territory, landscape, Mexico City.

Introducción:

Desde mediados del siglo XX, el problema de lo imaginario ha estado presente en diversas disciplinas sociales, de manera tal que ha sido abordado desde el psicoanálisis, la antropología, la sociología y la geografía, entre otras. Hay una serie de autores que han sido clave para analizar el tema, entre los que pretendo destacar a Jaques Lacan, Cornelius Castoriadis, Gilbert Durand y Armando Silva.

El concepto ha sido central para el análisis urbano y ha dado lugar a los estudios de imaginarios urbanos. Desde la geografía es relevante la forma en que estos se plasman en la ciudad; la manera en que configuran la territorialidad y moldean el paisaje. Sin embargo, lo espacial no puede entenderse si no se le engarza en el tiempo, la otra dimensión en la que se desarrollan los procesos sociales.

Desde los imaginarios, el pasado se entiende, se explica y adquiere sentido a través de la memoria, un concepto que ha sido teorizado ampliamente desde la filosofía crítica y desde la cual se han aportado pautas para la reinterpretación del presente.

Asimismo, se parte de la idea que la memoria, como lo señaló Maurice Halbwachs, ya desde las primeras décadas del siglo XX, es un proceso social, más que individual y, por tanto, se refleja en la vida colectiva y en las producciones materiales derivadas de las interacciones sociales.

En la relación entre espacio y memoria, se producen diversos sitios que de una forma u otra reinterpretan o hacen honor al pasado y le dan un lugar en el presente. Algunos son reconocidos como patrimonio, otros son considerados como monumentos, los hay que tienen significados particulares por su manera en que pretenden reflejar el pasado, y también los que en su configuración descuidan la memoria y se constituyen como olvidos. En todos ellos, podemos destacar los diversos actores, las relaciones de la sociedad que los produce y la forma que ésta tiene de otorgarles múltiples significados.

A partir de lo anterior, este trabajo busca reflexionar sobre el espacio urbano a partir de los imaginarios sociales y, en particular, ahondar en el problema de la memoria y de sus implicaciones tanto para la configuración del territorio, como del paisaje. Para ello, se toma el caso de Tlatelolco, en la Ciudad de México, un lugar que sintetiza varias formas de memoria urbana; uno que se presenta en forma de patrimonio histórico, que se remonta al periodo prehispánico; otro cultural, que alberga entre su arte, algunos murales; con el cual también, se manifiesta un espacio turístico. Sin embargo, por sus calles, callejones y pasillos transita la

cotidianidad de una población que vive en una de las áreas más densamente pobladas de la Ciudad, se tejen historias del pasado. Asimismo, es la huella de dos importantes acontecimientos para la memoria histórica de la sociedad capitalina, el movimiento estudiantil de 1968 y el sismo del 85.

Desde el punto de vista metodológico, el trabajo retoma la propuesta de Barnes y Duncan (1992) de leer el paisaje geográfico como texto, con base en la idea que el texto como categoría conceptual va más allá de lo impreso en papel. En ese sentido, el territorio urbano es interpretado, transformado e imaginado. Dicha perspectiva nos permite ahondar la forma en que los actores sociales se relacionan con el territorio y la forma en que la multiplicidad de interpretaciones le da sentido al paisaje.

Imaginarios y territorio urbano

La ciudad es un territorio que se transita, se habita, se padece, se disfruta y se interpreta. Por sus rincones podemos percibir aromas, olores, sonidos, texturas e imágenes, que se traducen en sensaciones, en emociones, en sentimientos que se convierten en imágenes primero y en actitudes después. Es en función de ello que padecemos o disfrutamos del entorno, que lo construimos, le damos sentido y funcionalidad, que lo hacemos nuestro o lo rechazamos. Es así que lo utilizamos como soporte de nuestras actividades y nuestras relaciones.

La ciudad es un territorio que conjunta las diversas percepciones de la sociedad que lo habita, donde se reflejan sus actores, fenómenos, procesos, sucesos, es decir, las instancias, que conforman la vida urbana. En él quedan plasmados los recuerdos, los olvidos, la memoria de una comunidad y las formas de enfrentar el presente. Entre sus calles, edificios, plazas y parques quedan yuxtapuestas las múltiples subjetividades que le dan forma y funcionalidad a un espacio social, a un paisaje donde se han impreso diversas concepciones, interpretaciones y formas de vivir lo local.

Los imaginarios urbanos como categoría de análisis permiten abordar la vida urbana, desde el punto de vista cultural, así como las producciones materiales y simbólicas que de ella derivan. La conceptualización teórico metodológica desarrollada en los últimos años proviene principalmente del pensamiento de autores que han sido clave en el tema, como Jacques Lacan (1953), Cornelius Castoriadis (1983), Gilbert Durand (2006) y Armando Silva (1992); quienes han sentado las bases del análisis cultural, que ha sido retomado por otros investigadores que, desde México, se adentran en la problemática como Miguel Ángel Aguilar, Raúl Nieto y Mónica Cinco (2001, p. 165-193); Abilio Vergara (2001, p. 11-81); José

Fuentes (2005); Liliana López Levi, Eloy Méndez e Isabel Rodríguez (2006, p. 161-169); Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (2006), entre otros.

En esencia, se parte de conceptualizar a los imaginarios como un registro pre verbal que se produce en la mente, previo a la construcción de signos, cuando una persona o grupo social entran en contacto con su entorno para darle un sentido a la realidad, en función de su propia historia, de su conocimiento, de su experiencia, sus fantasías y sus deseos. Sin embargo, las imágenes mentales resultantes no se pueden reducir a la individualidad del sujeto que las construye, sino que deben entenderse como un producto social, pues dependen de los valores de su comunidad, de la cosmovisión y de las estructuras que le son inherentes.

Los imaginarios

Rigen comportamientos sociales, identifican comunidades, generan batallas entre seguidores de las mismas causas, vislumbran el futuro. Poseen en común el ser fantasías ciudadanas nacidas al calor de la fricción total y, poco a poco se convierten en hecho público, en saber social reconocido. La ciudad –desde estas visiones- pasa a ser un efecto imaginario de sus ciudadanos (SILVA, 2006, p. 43-44).

Es en función de los imaginarios que los miembros de un grupo decodifican, significan y representan sus prácticas cotidianas y le dan sentido al habitar, al vivir, al visitar (AGUILAR, NIETO y CINCO, 2001, p. 165-166). Aquí, el lenguaje desempeña un papel importante, a partir de él nos relacionamos, conformamos y entendemos la realidad que nos rodea. Para el psicoanalista Jacques Lacan los humanos se convierten en seres sociales, desde el momento en que se apropian del lenguaje. En él se incorpora la carga social que toda persona tiene de su comunidad, a la vez que nos constituye como sujetos y es la base de las relaciones humanas. Se trata de una estructura de comunicación a través de la cual conceptualizamos al mundo, al mismo tiempo que es el vehículo mediante el cual significamos, concebimos, expresamos y transmitimos las ideas. En palabras de Maderuelo (2005: 91) las ideas se moldean a partir de las palabras, las categorías y las estructuras lingüísticas propias de cada época y lugar.

Es importante destacar que los diversos autores (CASTORIADIS, 1983; DURAND, 2006; SILVA, 1992) enfatizan en la capacidad creativa de los imaginarios, no sólo en términos artísticos, sino que también a partir de que producen conocimiento, ideas, formas de vida; de que conforman una realidad y, en su marco, estimulan o inhiben ciertas prácticas sociales, relaciones y estructuras jerárquicas. En fin, son un elemento constitutivo del mundo en el cual vivimos (VERGARA, 2001, p. 15-16).

Destacan, para la conceptualización de los imaginarios, dos pilares: la subjetividad y la elaboración simbólica (LINDÓN, HIERNAUX y AGUILAR, 2006, p. 14). El primero da

cuenta de la naturaleza de los imaginarios, que aunque puedan pertenecer a un sujeto, contienen la cosmovisión de su comunidad. Son también resultado de una combinación de emociones, pulsiones, deseos y perspectivas para ver el mundo. Dicha subjetividad interactúa con otras dimensiones y estructuras de la vida urbana, como por ejemplo la materialidad de los lugares, las llamadas formas espaciales, a veces de larga duración y otras efímeras (LINDÓN, HIERNAUX Y AGUILAR, 2006, p. 14). El segundo se refiere a la forma en que se traducen en acciones y se comunican.

Durand (2007, p. 15-16), con base en Ricoeur, afirma que todo símbolo tiene tres dimensiones: la cósmica, la onírica y la poética. La primera extrae la representación del mundo; la segunda se arraiga en los recuerdos, los gestos, los sueños y la biografía personal íntima y la tercera, referida a lo poético, recurre al lenguaje.

Los imaginarios urbanos se expresan de tantas formas como lo permite la diversidad del lenguaje; verbalmente, corporalmente, por escrito, a través de la arquitectura, de las formas que adquiere el espacio urbano. En particular, interesa la producción simbólica del paisaje, bajo el supuesto de que éste no sólo es producto de las estructuras mentales de la sociedad, sino que también es una forma de comunicación; una forma de decodificar la realidad para transmitir y reproducir las prácticas sociales, las estructuras y las relaciones entre sus actores.

Las imágenes mentales no son estáticas, no están fijas en los objetos, se constituyen a partir del sujeto y de las interacciones que establece. La relación significante-significado cambia de acuerdo al espacio, al tiempo y a la comunidad donde se insertan. No importa si se trata de verdades o ficciones, pues su importancia radica en lo que de ellos deriva, en las relaciones cotidianas que produce y en las actividades que genera. En la mente del ciudadano, los imaginarios se construyen como ciertos.

El paisaje simbólico

Si bien, los imaginarios se ubican en el mundo de las ideas, han sido analizados a partir de la forma en que se plasman dentro de un sistema cultural. Tanto Lacán, como Castoriadis y Silva afirman que lo imaginario tiene necesidad de lo simbólico, ya sea para expresarse como para existir (CASTORIADIS, 1983, p. 219; SILVA, 1992, p. 89; SARUP, 1993, p. 24-26).

Los actores sociales, que forman parte de la urbe, dejan su impronta en el paisaje con cada acto de pensar, concebir, habitar y representar la ciudad. Lo anterior se refleja en las formas de apropiación, en los procesos de arraigo o desapego, en las maneras en que se utilizan los espacios, en su grado de cuidado o deterioro, en lo que ocurre o deja de ocurrir.

Son múltiples las formas en que quedan plasmados los imaginarios urbanos. Desde la óptica de la construcción social del espacio, cobran particular significado el territorio y el paisaje, como dos expresiones simbólicas de los imaginarios humanos, que pueden llevarnos a dilucidar y a entender el sentido que una sociedad le da a su entorno y a su habitar en el espacio local. Armando Silva (1992), por ejemplo, centra su atención en las formas de nombrar y de recorrer el territorio como elementos simbólicos que dan cuenta de la forma en que una sociedad concibe a sus espacios. Sin embargo, a ello podemos agregar la observación del paisaje, de la forma y funcionalidad de los lugares, los objetos que se encuentran en los espacios urbanos, ya sean pequeños detalles, como grandes construcciones. Huellas humanas en las cuales lo tangible hace eco de lo intangible; que en algunos casos se presentan como efímeros, en otros como más duraderos; que en ocasiones apelan al pasado y, en otras, al futuro.

Aunque, en la conformación de los imaginarios urbanos se habla de procesos colectivos, en el orden simbólico no existe una correspondencia biunívoca entre las cosas y sus nombres o formas de representarlos (DUNCAN, 1990, p. 12). Se trata de un vínculo que, de acuerdo con Lacan, está abierto. El significado de un discurso es provisional y emerge al enfrentarse al receptor. No existe un vínculo natural o predeterminado entre significante y significado. Un significado remite a otro, por lo que se forman cadenas que hacen que ninguna relación se cierre en sí misma (SARUP, 1993, p. 10-11). En este sentido, la subjetividad debe ser considerada como central al problema de estudio para reconocer que las configuraciones territoriales reflejan emociones, sentimientos, pensamientos e intereses. Es a partir de ello que se dan las identidades, las pertenencias, las segregaciones y las exclusiones.

El paisaje, al que apelamos como correlativo material de una dinámica social, tampoco es una entidad encerrada en sí misma, sino que refleja diversas formas de ver, de describir y representar a la tierra; que tiene tras de sí un pensamiento, a partir del cual se establece la relación con el sujeto. Se trata de una construcción cultural, de la síntesis de un conjunto de ideas, emociones y sensaciones elaborados a partir del lugar y sus elementos constitutivos (MADERUELO, 2005, p. 38).

El paisaje actúa como un sistema de significantes, a través del cual la sociedad se reproduce, se comunica, se experimenta y se explora. En concordancia con las ideas de Roland Barthes, éste puede analizarse como texto. En este sentido, el texto no se refiere sólo a una narración por escrito, sino que se encuentra en cualquier producción cultural. Por ejemplo, pinturas, mapas, paisaje, instituciones sociales, económicas y políticas, así como un conjunto de prácticas que se escriben al mismo tiempo que se leen (DUNCAN, 1990, p. 15 y 183;

DUCAN & DUNCAN, 1992, p. 18; BARNES & DUNCAN, 1992, p. 5). “Podemos considerar la ciudad un texto hecho de piedras, una invención gráfica, una trama de símbolos y significados con elementos gramaticales y sintácticos, una retórica del espacio vivificada por numerosas figuras recurrentes” (MILANI, 2007, p. 77).

Las descripciones del paisaje no son un espejo de la realidad, sino que se construyen dentro de los límites del lenguaje y del marco mental de quien describe. Dicho lenguaje se basa en discursos, cuyos significados son compartidos (DUNCAN, 1990, p. 12).

Barnes y Duncan (1992, p. 1-17) retoman tres conceptos clave de la literatura para el análisis del paisaje: el texto, el discurso y la metáfora. El primero, como se dijo anteriormente, se refiere a una producción cultural que no se cierra en las posibilidades de la palabra escrita, sino que puede expresarse a modo de pinturas, mapas, formas en la superficie de la tierra o configuraciones territoriales. Su interpretación depende del individuo y del grupo social al que pertenece, por tanto, sujeto a una gran diversidad de posibilidades, pero dentro de los marcos de una colectividad.

Los textos pertenecen a estructuras significantes mayores, los discursos. Se trata de un conjunto de narrativas, conceptos, ideologías, instituciones y prácticas. Las verdades construidas dependen de cada comunidad, de su estructura de clases sociales, de los grupos étnicos, del género, de las jerarquías establecidas y las formas de manifestar el poder. Las metáforas, por su parte, son la forma en que se presentan los discursos. Se trata de una similitud entre dos o más cosas, que no necesariamente se asocian entre sí, como prácticas culturales y textos.

La memoria y los olvidos

Aunque imaginario y memoria no son lo mismo, ambos están fuertemente vinculados, pues pertenecen al mundo de las ideas, de los registros mentales de una comunidad y de las formas de decodificar la realidad y de las maneras de concebir y organizar su entorno.

Para abordar la memoria, desde las ciencias sociales, el punto de referencia en general es Maurice Halbwachs (1877-1945), considerado como el iniciador y teórico de la sociología de la memoria. Su libro *Los marcos sociales de la memoria*, publicado por primera vez en 1925, establece el concepto de memoria colectiva como punto de partida y categoría central para el análisis de la misma desde el ámbito sociológico.

En su texto, Halbwachs parte de la idea que los recuerdos personales se ven favorecidos por lo que los otros inducen a recordar; por el contacto y las relaciones entre los individuos de una comunidad. Se trata de un proceso social, por lo que las evocaciones no se reducen a lo que

sucede al interior del sujeto, sino que vienen en gran parte desde afuera. La memoria existe a partir de que los seres humanos viven en sociedad y es en función de los marcos establecidos y utilizados que se fijan o se recuperan los recuerdos (HALBWACKS, 2004, p. 101).

Los marcos colectivos de la memoria no están formados luego de un proceso de combinación de los recuerdos individuales. Estos marcos colectivos de la memoria no son simples formas vacías donde los recuerdos que vienen de otras partes se encajarían como en un ajuste de piezas; todo lo contrario, estos marcos son –precisamente- los instrumentos que la memoria colectiva utiliza para reconstruir una imagen del pasado acorde con cada época y en sintonía con los pensamientos dominantes de la sociedad (HALBWACKS, 2004, p. 10).

Bellelli, Leone y Curci (1999, p. 102), con base en Jedlowski, definen a la memoria colectiva como “la acumulación de las representaciones del pasado que un grupo produce, mantiene, elabora y transmite a través de la interacción entre sus miembros”. Para ellos, es una aproximación sistémica al pasado, donde ciertos acontecimientos tienen un papel estructurante, en torno a los cuales se organiza la representación.

La memoria colectiva incluye todo un conjunto de experiencias, tradiciones, prácticas, creencias, rituales y mitos sociales compartidos por un grupo. En los recuerdos y en lo que se destaca como la memoria de un lugar, los individuos reflejan a su comunidad de pertenencia y orientan su adscripción a un determinado grupo (COLMEIRO, 2005, p. 15-18). Asimismo, podemos afirmar que el individuo recuerda cuando asume el punto de vista de grupo y que la memoria del grupo se manifiesta y se realiza en las memorias individuales (HALBWACKS, 2004, p. 11).

...los recuerdos, en tanto que estados síquicos, subsisten en el espíritu bajo forma inconsciente, para llegar a ser conscientes cuando se les recuerda. Así, sólo en apariencia el pasado se destruiría y desaparecería. Cada espíritu individual tendría detrás de toda la sucesión de sus recuerdos. Desde ahora, se puede reconocer si se desea, que las diversas memorias se entretayudan y se prestan recíproco apoyo. Pero eso que llamamos los marcos colectivos de la memoria serían el resultado, la suma, la combinación de los recuerdos individuales de muchos miembros de una misma sociedad. Estos marcos ayudarían, en el mejor de los casos, a clasificar, a ordenar los recuerdos de los unos en relación con los de los otros. Sin embargo, no explicarían la memoria misma, puesto que la darían por existente (HALBWACKS, 2004, p. 10).

Las memorias personales y la colectiva quedan ligadas de manera tal que no pueden existir independientemente la una de la otra (COLMEIRO, 2005, p. 15-16). Para HALBWACKS (2004), la memoria existe sólo como reflejo de un fenómeno colectivo. La memoria del grupo y la personal son dos manifestaciones de lo mismo, pues aquella, que podría considerarse como individual, ocurre en el marco de una sociedad, de un lenguaje común, de una cosmogonía y de un sistema de convenciones. Como construcción social se encuentra influida por determinantes culturales, por aparatos e instituciones como el Estado, la Iglesia, la escuela

o los medios de comunicación, que imponen generalmente un sentido ideológico a la memoria colectiva.

En tanto proceso social, la memoria es también un elemento de poder importante. Por medio de ella se puede influir en los procesos sociales y controlar las posibilidades del discurso político. Las formas de ver el pasado, las tradiciones y los paisajes se mantienen o se olvidan para favorecer o perjudicar ciertas prácticas sociales, económicas y políticas (DUNCAN, 1990, p. 22). La memoria es una construcción ideológica que le da identidad a una comunidad. Para reforzar ese proceso, se puede incluso llegar a inventar tradiciones y conformar una herencia cultural como fabulación de mitos. Lo que lleva a suplantar y silenciar los recuerdos que no son convenientes para el grupo hegemónico (COLMEIRO, 2005, p. 17)

Halbwachs aborda la memoria colectiva a partir de sus vínculos con el presente, pues es en función de la reconstrucción del pasado que le damos sentido a lo actual, a los problemas que se presentan, a los intereses y creencias, que lo sustentan. Con la reinterpretación del pasado y la construcción de recuerdos comunes se establece una continuidad con la historia, se reorganizan las imágenes del pasado y se conforma una identidad de grupo. Memoria histórica e identidad cultural son procesos paralelos, mutuamente implicados (COLMEIRO, 2005, p. 16-17, 28).

El olvido, por su parte, es la otra cara de la moneda. No hay memoria sin olvido ni olvido sin memoria. “Toda memoria está construida a base de silencios, mediaciones y parches que reconstruyen el pasado ajustándolo a las necesidades siempre cambiantes del presente”. Como imaginario social, la memoria se reconstruye y se reinventa constantemente (COLMEIRO, 2005, p. 28). El olvido es también proceso colectivo y ocurre cuando una comunidad deja de transmitir lo que sabe del pasado. Es una omisión que puede ser voluntaria, por pasividad, por rebeldía, por indiferencia o indolencia.

Dentro de las diversas formas en que se presenta la memoria, se ha dado particular importancia a la memoria histórica; un saber transmitido sobre el pasado, que va acompañado de una conciencia reflexiva sobre lo ocurrido, una conceptualización crítica y colectiva de los acontecimientos históricos, un testimonio que se mantiene vivo en una comunidad (COLMEIRO, 2005, p. 17-18).

De acuerdo con Páez y Basabe (1993, p. 15), la memoria colectiva se basa en dos elementos. El primero consiste en los hechos que impactaron a una comunidad determinada y que los llevaron a modificar sus creencias, valores e instituciones. El segundo se refiere a

acontecimientos que no pueden ser rememorados públicamente, pues frecuentemente son reprimidos, pero si subsisten a modo de hábitos, tradiciones orales, archivos personales.

Territorios de la memoria

De acuerdo con Milani, el paisaje no se agota en el territorio. El primero conlleva significados, símbolos y afectos. Mientras que el segundo es una expresión geográfica, política y cultural; que tiene implicaciones en el comportamiento de un grupo, unido a una organización específica del espacio. “El hombre, con su actividad social, es un animal territorial y opera con modelos culturales. Las creencias, las percepciones o los símbolos se relacionan con ciertas formas visibles. La morfología del territorio es también una morfología social, como demuestra la ciudad en su principio organizador” (MILANI, 2007, p. 46-47).

Los recuerdos pasan de una generación a otra. Por medio de ellos se transmite lo ocurrido. La memoria deja huellas en el paisaje; se arraiga en espacios concretos, en objetos. Para su subsistencia necesita la materialidad del espacio. De ahí que se construyan lugares de memoria, que generan vínculos con el presente, espacios dedicados a la remembranza del pasado y a la reafirmación de una identidad cultural. Se configuran, entonces, sitios que permanecen, tales como museos, monumentos, estatuas, plazas o pinturas murales y otros que son expresiones más efímeras del acontecimiento representado, como las conmemoraciones en una fecha en particular, las marchas o los *graffities*.

La memoria tiene sus marcos espaciales, es decir, lugares, construcciones y objetos, en donde, a partir del habitar se deposita la memoria colectiva. De tal forma que una plaza, un café o un memorial evocan recuerdos y ausencias. Una construcción lleva a la permanencia del recuerdo, pero su ausencia puede también evocar lo que alguna vez estuvo ahí. La llamada Plaza de la Solidaridad, que se encuentra junto a la Alameda Central en la Ciudad de México es un ejemplo de ello. Ocupa el espacio donde estaba el Hotel Regis, que se cayó durante el temblor de 1985 y que fue uno de los edificios emblemáticos del desastre. El nombre, solidaridad, apela a un proceso de respaldo, apoyo y ayuda que caracterizaron las reacciones de la sociedad civil en el momento y que, unos años después fue aprovechado como discurso político.

La producción material y simbólica de la ciudad se conforma a partir de un collage de fenómenos, acontecimientos y dinámicas, donde se construyen correlativos materiales de las acciones, ideologías, formas de utilizar el lugar, de gestionarlo, de apropiarse de él. Algunos permanecen, otros cambian, y el paisaje resultante resume años, décadas y siglos de historia, de recuerdos, de memorias y de olvidos.

Habitar estéticamente una ciudad quiere decir comprender las características visibles y estructurales de las casas, de los edificios colectivos, de los monumentos o de las plazas. La apertura de las habitaciones al patio o a la calle, la extensión vertical u horizontal de las construcciones y la forma en que se agregan, el plano de los desplazamientos entre calles y plazas corresponden a dinámicas de la sensibilidad y la forma (MILANI, 2007, p. 77).

Leer el paisaje implica desentrañar los objetos, las formas y los espacios que se encuentran en un lugar determinado. Para ello, es importante considerar que en ellos se sintetiza un caleidoscopio de perspectivas. No sólo en la producción material del sitio, sino en la diversidad de la interpretación, misma que es tan amplia como sujetos se aproximan a ella. En ella, Duncan (1990: 18) destaca tres actores sociales: los que habitan el lugar, los externos, es decir, aquellos que se relacionan con él pero no pertenecen, y el investigador, que también plasma sus imaginarios en la representación textual que produce. A ello yo agregaría también aquellos que alguna vez pertenecieron, habitaron o tuvieron vivencias importantes en el lugar; quienes tienen vínculos identitarios con el lugar, aunque no vivan en él.

Tlatelolco: espacio de memorias yuxtapuestas

La memoria, como categoría de análisis cultural, se enmarca dentro de la triada espacio-tiempo-sociedad, que puede leerse en paisajes concretos de la ciudad. En particular, el presente trabajo analiza el caso de un barrio de la Ciudad de México, el de Tlatelolco, un microcosmos que refleja diversas formas de memoria urbana y representaciones textuales. En su espacio local quedan plasmados un patrimonio histórico, un patrimonio cultural, espacios turísticos, formas de habitar, memorias de la cotidianidad, ausencias, olvidos y diversas representaciones; algunas que se expresan en objetos que se encuentran en el lugar y otros que se trasladan a producciones artísticas tales como películas, novelas, exposiciones en museos, pinturas murales, entre otras.

La zona se encuentra en el centro de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, en la delegación Cuauhtemoc. Por ella pasan algunas de las principales avenidas, como Insurgentes, el Eje Central y Reforma; así como el metro y el metrobús. En su paisaje urbano destacan, la unidad habitacional Nonoalco Tlatelolco y la Plaza de las Tres culturas, donde quedan plasmados tres periodos de la historia del país: un pasado prehispánico, la Iglesia y el convento construidos durante la época virreinal y los edificios representativos de la arquitectura modernista en México, entre los que destaca el que perteneciera a Relaciones Exteriores, obra del Arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y el edificio de Banobras del Arquitecto Mario Pani.

Tlatelolco significa montículo de arena. Viene del nahuatl *Tlatelli*, terraza o *Xaltilolli*, que quiere decir punto arenoso. Su historia se remonta a la época prehispánica, cuando fue sede del mercado más importante de la región; un lugar donde se comerciaba todo tipo de alimentos y utensilios; un lugar que por su variedad de productos sorprendió a los conquistadores españoles (CARRASCO, 1981, p. 230; INAH, 2009).

En 1527 se inauguró la iglesia dedicada a Santiago, bajo el cuidado de los franciscanos, cuya misión principal era educar a los indígenas; por lo que en 1536 fundaron el Colegio de la Santa Cruz en Tlatelolco. Ahí se formaron quienes colaboraron con fray Bernardino de Sahagún en la elaboración de su *Historia de las cosas de la Nueva España*, y que trabajaron en el códice Badiano y el códice de Tlatelolco. En el siglo XVII, el lugar se convirtió en un seminario franciscano. En 1811, en el marco de la guerra de independencia, el convento fue utilizado por primera vez como prisión militar, uso que se le dio hasta mediados del siglo XX, con un edificio anexo que hacía de cuartel (González, 2006; INAH, 2009). En 1861, a causa de las Leyes de Reforma, cerraron la iglesia y el convento de Santiago Tlatelolco. La institución religiosa se reabrió al culto católico en 1945 (INAH, 2009).

Con el impulso de los ferrocarriles, durante el gobierno de Porfirio Díaz, el terreno albergó infraestructura para los trenes: patios, vías, bodegas y áreas para descarga (INAH, 2009). La estación Buenavista, la más importante de la ciudad, estaba ubicada a un lado. Por años, durante la mayor parte del siglo XX, por la zona se escuchaba el sonido del tren a su paso por la avenida Nonoalco.

En la segunda mitad del siglo XX se emprendió un ambicioso proyecto para revitalizar la zona. Como parte del mismo se realizaron los trabajos arqueológicos, se restauró el templo de Santiago, se edificó un gran conjunto habitacional y se construyó la sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Todo lo cual dio lugar a la Plaza de las Tres Culturas y a la unidad habitacional Nonoalco Tlatelolco. Como resultado, el lugar es importante en términos turísticos. La combinación del sitio prehispánico, con la iglesia colonial, el convento, el museo, los edificios modernos y un mural de David Alfaro Siqueiros queda plasmada en las guías turísticas como un sitio de interés en la Ciudad de México.

Por su parte, el gran proyecto inmobiliario Nonoalco Tlatelolco, obra del arquitecto Mario Pani, fue construido junto a las vías del ferrocarril, durante el gobierno de Adolfo López Mateos. El lugar constaba de 102 edificios, con 11 956 departamentos, destinados a 69 344 habitantes, con un equipamiento social y deportivo, que incluía comercios (INAH, 2009), estacionamientos, una veintena de escuelas y guarderías, seis hospitales y clínicas, tres centros

deportivos, oficinas administrativas, un equipamiento urbano con extensas áreas para juegos, jardines, vialidades y servicios, cuatro teatros y un cine (BARREIRO, 2007).

La obra fue financiada por el Banco Interamericano de Desarrollo, con el discurso de terminar con un paisaje urbano que quedó plasmado en la película *Los Olvidados* (1950) de Luis Buñuel; con la idea de eliminar las vecindades, casas deterioradas y viviendas precarias que había en las inmediaciones del ferrocarril, de establecer una zona de desarrollo. Se les dijo a las familias que Vivían en los ferrocarriles que serían desalojadas provisionalmente y que se les entregaría uno de los departamentos que se estaban construyendo. Evidentemente, no fue así (López y Verduzco, 1986, p. 29). En lugar de ello, el mercado inmobiliario y la asignación de viviendas contempló a derechohabientes del gobierno, a través del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) y a profesionistas y empleados que compraron por su cuenta.

Las primeras familias llegaron entre 1962 y 1963, aunque la unidad se inauguró formalmente en 1964. En ese entonces, había solamente uno o dos departamentos ocupados de los noventa que tenía cada edificio (Díaz, 2005; Barreiro, 2007). “Ese primer vacío del barrio generó leyendas como la de que en la noche se escuchaban arrastrar cadenas en las escaleras de los edificios, o que a la media noche pasaba un señor con un niño atravesando la unidad, leyendas que se relacionaban con supuestos muertos bajo las vías del ferrocarril” (Díaz, 2005).

La unidad habitacional comprendía tres secciones: La Independencia, La Reforma y La República (BARREIRO, 2007), que en sus inicios albergaban población de diversas clases sociales. En la primera había unos edificios asignados a los trabajadores del Estado y otros con los profesionistas y empleados quienes tenían mejores ingresos. En la tercera sección había edificios con departamentos más caros como las torres, donde después se instalaron casas de citas. Sin embargo, después del 68, tales divisiones sociales se esfumaron (DÍAZ, 2005).

Los primeros grupos de jóvenes que llegaron a la zona, delimitaron el territorio con respecto a los barrios vecinos de las colonias Guerrero y Peralvillo, se organizaron bandas y surgieron líderes, a los que llamaban efectivos. Díaz (2005) narra de algunos de ellos: Marcos, el chaparro, cuya generación llegó hasta 1968; representante de un grupo de jóvenes que consumían alcohol, mas no drogas, que organizaban fiestas y peleaban contra otras bandas. Después de la matanza del 2 de octubre, la delincuencia juvenil tuvo un auge inusitado en Tlatelolco. Eran tiempos en los que se consumían ácidos y marihuana. El cabecilla en este periodo se llamaba El George Torrijos. Era un personaje que robaba departamentos, se golpeaba con los de los otros barrios y desafiaba a la autoridad. “Era tan habitual su

enfrentamiento con la ley que sus huidas se convirtieron en parte de la cotidianidad de Tlatelolco”. Junto con él hubo otros: Luis, Fer, muchachos que en su mayoría murieron antes de los veinte años, algunos asesinados, otros por sobredosis o por suicidios; El Pollo, que vivió más tiempo y se dedicaba a explotar a una mujer. “Hoy George es una leyenda de la cultura juvenil popular de Tlatelolco, es un símbolo de rebeldía (...) La hegemonía de esta generación duró entre 12 y 14 años en Tlatelolco, de 1969 a 1985, año en que murió George”. Las historias de bandas y criminalidad llegan al siglo XXI. En tiempos de miedo por la inseguridad pública en la Ciudad de México, Tlatelolco no es la excepción. “Me preocupa más si me roban afuera de la entrada de mi edificio que si tiembla, dice Fabiola Arellano, de 69 años, habitante del edificio 5 ISSSTE. En las entradas de los edificios hay rejas que no existían antes del sismo de 1985. Cada uno tiene vigilantes en la puerta” (Robles, 2005). Sus habitantes cuentan historias de asaltos, robos, violaciones y asesinatos; del temor al caminar por sus espacios a causa de los drogadictos que les quitan sus pertenencias, de la insuficiente presencia policíaca, de los *graffities* que asocian con la delincuencia. Dicen que procuran además, recoger a su gente en el metro y no salir después de que oscurece (PANTOJA, 2006; OROZCO, 2004).

Fuentes de la Secretaría de Seguridad Pública capitalina (SSP-DF) indicaron que de julio a noviembre de este año, 29 personas han sido remitidas ante agencias del Ministerio Público por robo a transeúnte, robo de autos y autopartes, robo a casa-habitación y a negocio con y sin violencia, posesión de droga, y otros, como fraude y homicidio. Todos estos delitos se cometen a cualquier hora del día, según el reporte oficial.

Además, en ese mismo lapso, 16 personas han sido remitidas ante algún juez cívico por faltas administrativas, como inhalar sustancias tóxicas y beber alcohol en la vía pública, orinar en la calle y escandalizar (PANTOJA, 2006).

En las últimas tres décadas del siglo XX, el movimiento urbano popular se manifestó de manera importante en la zona. En 1974 se fundó el Comité Coordinador de Asociaciones de Residentes de Tlatelolco. Los habitantes de la unidad habitacional se organizaron en contra de la administración burocrática, lucharon por el manejo de sus cuotas de mantenimiento y por la calidad de sus servicios (ARELLANO, 2009; LÓPEZ y VERDUZCO, 1986, p. 29). Surgió, entonces, en los edificios Arteaga y Lerdo, un movimiento de autoadministración, quienes convocaron a una huelga de pagos y a la exigencia de una auditoría a la Asociación Inmobiliaria (AISA), que se encargaba de gestionar la unidad. A la iniciativa se sumaron los residentes de 70 edificios. Los problemas iban más allá. Había falta de limpieza, de cuidado de jardines, mantenimiento de los edificios e incluso problemas estructurales de cimentación y nivelación de los edificios. En 1982, FONHAPO asumió la atención de la unidad habitacional

y se hicieron trabajos en los edificios Tamaulipas y Juárez (LÓPEZ Y VERDUZCO, 1986, p. 29-30).

En 1982, junto con otras organizaciones del D.F.,ⁱ la Coordinadora de Asociaciones de Residentes de Tlalteloco impulsó el movimiento inquilinario con cuatro ejes: en contra del alza de las rentas, para impedir los desalojos de inquilinos, para detener el cambio de uso de suelo de habitacional a comercial y para exigir la regeneración de las viviendas (RAMÍREZ, 2003, p. 7; ROBLES, 2005).

Entre las luchas más recientes, se encuentra la de los residentes de la unidad en julio del 2000 cuando hicieron manifestaciones para impedir el intento de convertir la torre de Banobras en oficinas para la policía judicial y se buscó que el edificio funcionara como centro social (CUENCA, 2000).

Aunque los acontecimientos anteriores forman parte de la historia del barrio, el suceso que ha marcado de manera dominante al lugar y los imaginarios que se construyen en torno a él es la matanza de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968. En la memoria histórica, este es el referente central, no sólo para los vecinos, sino para los habitantes de la Ciudad de México, para la población del país, incluso en el ámbito internacional. Las referencias a lo sucedido son tantas, que opacan cualquier otro acontecimiento del lugar.

Ese día, durante un mitin, militares y miembros del Batallón Olimpia dispararon contra integrantes del movimiento estudiantil que estaban reunidos en la Plaza de las Tres Culturas. Hubo un indeterminado número de muertos, heridos y detenidos. Fue una respuesta drástica ante la proximidad de los juegos olímpicos, y por tanto, también un acto muy contrastante entre la tragedia de un genocidio y la celebración de un evento deportivo internacional. Año tras año se recuerdan los acontecimientos, se protesta por la impunidad que ha rodeado a los hechos y se realizan marchas conmemorativas bajo la frase de “dos de octubre, no se olvida”. Y sin embargo, muchas cosas de ese episodio se pierden en la memoria, muchos nombres, muchos motivos, muchas demandas. El movimiento estudiantil de 1968 queda significado por esa noche, por esa plaza, por esa matanza.

El otro gran acontecimiento que marcó al lugar fue el temblor de 1985. En él, Tlatelolco fue una de las comunidades que resultó más afectada en la Ciudad de México. Gran parte de los edificios más grandes tuvieron daños a sus estructuras y cimentaciones y muchos de sus habitantes tuvieron que ser desalojados.

En particular, el edificio Nuevo León fue uno de los emblemáticos del desastre. Desde antes del sismo, la construcción presentaba problemas. Los vecinos se quejaban por el ruido que hacían las cadenas de los elevadores y por la preocupante inclinación que tenían. “insistíamos

frente a las autoridades de AISA en que el edificio estaba mal; siempre se nos escuchó como se escucha en este país, con oídos sordos, por justificar un salario...” Después, los evacuaron un tiempo para hacer arreglos. Cuando finalmente les permitieron regresar, “la mayoría no alcanzó a medir la magnitud del peligro (...) nos dijeron finalmente que el ‘Nuevo León era el más seguro ya no de Tlatelolco sino de toda la Ciudad de México. “Fue una infamia, una espantosa trampa” (PONIATOWSKA, 2005, p. 252-259).

El problema del Nuevo León es político; el Estado no tiene capacidad ni para gobernar ni para construir, en vez de edificios construye panteones. Estamos solos. El gobierno está sentado encima de un montón de cenizas; llega una catástrofe y la única respuesta oficial es miserable, castrada, como el sistema mismo (PONIATOWSKA, 2005, p. 252-259).

De acuerdo con algunas pláticas informales realizadas en agosto de 2011 con residentes, una de las consecuencias del sismo de 1985 fue que el valor inmobiliario del conjunto habitacional bajó muchísimo. Muchas familias se fueron de ahí y muchos de los que llegaron después de la fecha pertenecían a grupos socioeconómicos con menores niveles de ingreso y menor poder adquisitivo. Eso ha sido interpretado por algunos de los residentes más antiguos como un cambio en el tipo de gente que habita el lugar y la consecuente transformación del conjunto habitacional.

En 1986, en el marco del “Programa de Reconstrucción Democrática del Conjunto Urbano Presidente Adolfo López Mateos Nonoalco Tlatelolco”, se revisaron las estructuras y se hicieron peritajes de los edificios. “Se determinó la demolición de 11 edificios además del módulo sur del edificio Nuevo León; otros 32 fueron sujetos a obras mayores de recimentación y reforzamiento de sus estructuras, y el resto fue sujeto a obras menores, reparación de acabados y de instalaciones” (BARREIRO, 2007).

Tras los sismos de 1985 en el D. F., la intervención de los residentes de Tlatelolco fue crucial en la conformación de dos grupos políticos de gran importancia: la Coordinadora Única de Damnificados y la Asamblea de los Barriosⁱⁱ. Desde finales de la década de los 80 hasta mediados de los 90, esta última fue la organización más activa del movimiento urbano popular. Su lucha contempló la expropiación de predios baldíos, la búsqueda de una reforma a la ley sobre arrendamiento, la solicitud de créditos para vivienda, la promoción de la democracia en los barrios y del respeto a la voluntad popular (RAMÍREZ, 2003, p. 7-8; ROBLES, 2005).

Tlatelolco: su paisaje urbano

El paisaje urbano de Tlatelolco conjunta las memorias yuxtapuestas de quienes lo habitan, quienes lo habitaron, los que lo visitan, de los que lo padecieron, los que ya no están; es un pequeño espacio que sintetiza momentos clave de la historia de la ciudad. Por sus espacios hay huellas del pasado prehispánico, del colonial, del discurso de la revolución, de los sueños de la modernidad, de la rebelión estudiantil, de las consecuencias del temblor, del habitar contemporáneo.

El imaginario dominante, que se encuentra y se repite cada vez que uno busca información sobre el lugar, es el recuerdo de la matanza del 2 de octubre. En la plaza de las Tres Culturas está simbolizado en forma de una estela, a modo de memorial, en un mural que representa a Díaz Ordaz frente al edificio Chihuahua, en una placa que anuncia que ahí se filmó la película *Rojo Amanecer* (1989) de Jorge Fons y el museo que se encuentra en el edificio que antes pertenecía a la Secretaría de Relaciones Exteriores y que hoy es un centro cultural de la UNAM y hace memoria de lo ocurrido en 1968. También queda en los imaginarios de quien visita la zona, una serie de representaciones mentales, producto de libros, documentales, películas y noticias que tratan el tema y que forman el bagaje cultural del visitante.

La cotidianidad se ve reflejada en los andadores, los juegos infantiles, los espacios de aparatos para ejercicio, las fuentes, los parques, la gente que pasea con sus perros, los trabajadores que hacen algún tipo de arreglo, los transeúntes. La unidad habitacional está claramente dividida en tres secciones delimitadas por las grandes avenidas. La primera, con edificios más bajos, de nombre ISSSTE y un número, con sus andadores y espacios verdes; hasta la tercera, donde están las torres más altas, los edificios que tienen murales y la plaza de las Tres Culturas. Algunos *graffities* marcan los territorios, expresan la rebeldía de ciertos grupos. Dos grandes edificios, símbolo del modernismo, se encuentran en apariencia semi abandonados a ambos extremos de la unidad: el edificio de Banobras y el que fuera de la Secretaría de Relaciones Exteriores. A través de huecos que ocuparon antes ventanas, se ve hacia en interior, pisos y pisos de vacío, de abandono y reparaciones.

Si atendemos a la forma de denominar el espacio tenemos a las secciones: La Independencia, La Reforma y La República, que nos remiten a la construcción de una nación; fortalecido por los nombres de los edificios; en algunos casos aludiendo a estados como las torres Coahuila, Veracruz, Zacatecas, Chihuahua, en otros a personajes históricos como Miguel Hidalgo, Presidente Juárez, Ignacio Allende, Niños Héroes o Ignacio Zaragoza; otros a nombres náhuatl como Xicotencatl, Chamizal; otros a fechas clave como el 5 de febrero o el 20 de noviembre.

Como consecuencia de la inseguridad pública y del miedo que ello produce, las ventanas de los departamentos de la unidad habitacional se enrejan y se refuerzan las puertas de entrada a los edificios (Pantoja, 2006). Sin embargo, a pesar de lo encontrado en la literatura al respecto, considero que los habitantes de Tlatelolco no se encuentran tan fortificados, como los de otras colonias de la ciudad. Si bien hay protección en algunas ventanas, sobre todo de los primeros pisos y hay lugares enrejados, las rejas están abiertas, no hay vigilantes y las casetas con plumas, en general no tienen guardias.

Entre los edificios deteriorados, los jardines sucios y los callejones descuidados, está el vacío del Edificio Nuevo León, donde hoy está el Jardín del Reloj y un amplio estacionamiento. El sonido de la locomotora, las vías del tren, los patios, las bodegas y áreas para descarga tampoco pueden verse ni escucharse, pero mientras visito el lugar, un hombre pasea con su nieta y le cuenta de cuando vivía ahí. Le habla justo de los ferrocarriles, de los terrenos que ocupaba, del cuartel y la cárcel militar que estaban en el convento y de que el lugar fue sede de filmación de alguna vieja película. Está orgulloso de lo que sabe del lugar. Por su parte y ante el deterioro del espacio, una turista afirma que ese es el problema de un país con tanto patrimonio, que no puede darle mantenimiento adecuado a todo.

En Tlatelolco hay un patrimonio histórico, aprovechado para el turismo: la iglesia, el claustro, las pirámides, los edificios modernos; hay un patrimonio cultural cuyo correlativo material es la arquitectura de diversos periodos y corrientes, la mencionada placa de la película *Rojo Amanecer*, el mural de David Alfaro Siqueiros y los murales más recientes realizados en el marco del proyecto Red Urbana de Muralismo Comunitario, bajo la dirección del muralista Nicandro Puente, entre los que destacan *Tlatelolco, raíz y expresión de México*, en el edificio Aguascalientes, donde participaron alrededor de 200 vecinos, *Homenaje a la mujer*, concebida por mujeres residentes del edificio Molino del Rey, en reconocimiento a la mujer tlatelolca, *1985, Tlatelolco, sismo y resurrección*, en el edificio central de Telmex y *Tlatelolco, héroe y mártir de las libertades. 1968*, en el edificio General Anaya.

Conclusiones

La memoria y los olvidos de una ciudad como la Ciudad de México forman parte de los imaginarios sociales con los cuales se construye su espacio urbano. El uso de los conceptos anteriores como categorías de análisis permite aproximarse a las formas en que los residentes de un lugar específico materializan su forma de entender el mundo, de concebirlo, de percibirlo y de representarlo. En ellos se engarzan tiempo, espacio y sociedad para plasmar el habitar, tanto en su cotidianidad, como en sus rupturas y momentos álgidos.

El paisaje como texto da cuenta de diversos momentos en la conformación de un espacio determinado; del reflejo de los discursos que le dieron origen, de la manera en que éstos se interpretaron, en que quedaron plasmados en la ciudad, del cómo fueron cambiando en el tiempo y de la forma y fisonomía que adquieren en la actualidad. Se trata de un paisaje que es a la vez resultado de un proceso de comunicación, así como el reflejo de ciertas prácticas y que, a su vez, serán el punto de partida para nuevas interpretaciones y futuras acciones u omisiones.

Para el caso específico de Tlatelolco, se trata de una unidad habitacional que tiene en su paisaje, en su territorio y en su memoria momentos que han sido muy significativos para la Ciudad de México en su conjunto y en este sentido podríamos hablar de él como un espacio central. Entre sus edificios, andadores y jardines quedan plasmados la modernidad y la barbarie, la memoria histórica, donde se destacan la matanza del 2 de octubre y el sismo de 1985, la pérdida de fuerza de los movimientos vecinales; la cotidianidad y sus preocupaciones. Todo ello reflejado entre los pasillos, los edificios, las mamparas llenas de anuncios, las escuelas, las tienditas, las ventanas enrejadas, las torres, los jardines; lugares que conllevan tanto a los recuerdos, como a los múltiples olvidos.

Bibliografía:

AGUILAR Miguel Angel, Raúl NIETO y Mónica CINCO. “Ciudad de presencias: dimensiones evolutivas sensoriales en las evocaciones de la Ciudad de México” en: VERGARA Abilio. **Imaginario: horizontes plurales**. México. CONACULTA /INAH. p. 165-193. 2001.

AGUILAR Miguel Angel. “Fragmentos de la memoria colectiva. Maurice Halbwachs”, en: **Revista de cultura psicológica**. Año 1, número 1. México. UNAM- Facultad de Psicología. 1991. Disponible en <http://www.bib.uab.es/pub/athenea/15788646n2a5.pdf> Acceso em 5 maio 2011.

ARELLANO Mora Luis “Rinden homenaje postmortem al Compañero Sergio Alcázar.” Abril 01, 2009. Disponible em <http://codigotlatelolco.blogspot.com/2009/04/rinden-homenaje-postmortem-al-companero.html>. Acceso em 5 de maio de 2011.

BARNES Trevor & James DUNCAN “Introduction. Writting worlds” en: **Writting Worlds**. London and New York. Routledge. 1992. p. 1-17.

BELLELLI G., G. Leone y A. Curci “Emoción y memoria colectiva. El recuerdo de acontecimientos públicos” en: **Psicología política**. No 18. Mayo 1999. Págs 101-124. Disponible em <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N18.htm>. Acceso em: 20 abril 2011.

BARREIRO Pérez Armando. “Con punto de acuerdo, por el que se exhorta a los gobiernos federal y del distrito federal a asignar recursos para realizar un peritaje integral y revisiones estructurales de los edificios del conjunto urbano presidente Adolfo López Mateos Nonoalcotlatelolco, a cargo del diputado Armando Barreiro Pérez, del grupo parlamentario

del PRD” México. Palacio Legislativo de San Lázaro. Cámara de Diputados. Octubre de 2007. Disponível em www3.diputados.gob.mx/camara/content/download/167637/410726/file/07_05_02.pdf Acesso em:25 maio 2011.

CARRASCO Pedro “La sociedad mexicana antes de la conquista” en: **Historia General de México 1**. México. El Colegio de México. 1981. p. 165-189.

CASTORIADIS Cornelius. **La institución imaginada de la sociedad**. Tusquets Editores. Barcelona. España. 1983

CEBALLOS Miguel Ángel. “Tlatelolco, color y arte en edificios” en: **El Universal**. Martes 24 de septiembre de 2002. Disponível em http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=24410&tabla=cultura Acesso em:25 janeiro 2012

COLMEIRO José. **Memoria histórica e identidad cultural. De la postguerra a la postmodernidad**. Barcelona. Editorial Anthropos. 2005. p. 286.

CUENCA Alberto. “Hacen manifestación vecinos de Tlatelolco. Se oponen a la instalación de un centro de justicia en el edificio insignia de Banobras” en: **El Universal** Domingo 09 de julio de 2000. Disponível em http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=13010&tabla=ciudad Acesso em: 20 janeiro 2012.

DÍAZ GONZÁLEZ Eduardo. “Las otras noches y rebeliones en Tlatelolco” en: **Nuestra América**. 4 de octubre de 2005. Disponível em <http://www.nuestraamerica.info/leer/hlvs/4417> Acesso em:20 maio 2011.

DUNCAN James. **The city as text: the politics of lanscape interpretation in the Kandyan kingdom**. Cambridge. Cambridge University Press. 1990. p. 244.

DUNCAN James & Nancy DUNCAN. “Ideology and Bliss: Roland Barthes and the secret histories of landscape” en: **Writting Worlds**. London and New York. Routledge. 1992. p. 18-37.

DURAND Gilbert. **Las estructuras antropológicas del imaginario**. México. Fondo de Cultura Económica. México. 2006.

FUENTES José Humberto. **Espacios, Actores, prácticas e imaginarios urbanos en Mérida, Yucatán**. Mérida. Universidad Autónoma de Yucatán. 2005.

GONZÁLEZ GAMIO Ángeles. “Los acervos de Tlatelolco” en **La Jornada**. Domingo 8 de octubre de 2006. Disponível em <http://www.jornada.unam.mx/2006/10/08/index.php?section=capital&article=032a1cap>. Acesso em: 20 maio de 2011.

INAH “Zona arqueológica de Tlatelolco”. Disponível em <http://www.gobiernodigital.inah.gob.mx/mener/index.php?id=18> Acesso 15 fevereiro 2012. México. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

KRIEGER Peter. **Paisajes urbanos. Imagen y memoria**. México. UNAM. 2006. 412p.

HALBWACHS Maurice. **Los marcos sociales de la memoria**. Barcelona. Editorial Anthropos. 2004. p. 431.

LACAN Jacques. “Lo simbólico, lo imaginario y lo real”. Conferencia pronunciada en julio de 1953 en ocasión de la fundación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. En: **Revista Argentina de Psicología** Num 22. Buenos Aires. Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Año VII. 1977. p. 11-27

LINDÓN Alicia, Miguel Ángel AGUILAR y Daniel HIERNAUX. “De la especialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción” en: Lindón Alicia, Miguel Ángel

- Aguilar y Daniel Hiernaux (coords.) **Lugares e imaginarios en la metrópolis**. Cuadernos A. Temas de Innovación Social. Barcelona. Ed Anthropos y UAM-Iztapalapa. 2006. p. 9-26
- LÓPEZ LEVI Liliana, Eloy MÉNDEZ Sainz e Isabel RODRÍGUEZ Chumillas. “Fraccionamientos cerrados, mundos imaginarios”. En: Lindón Alicia, Aguilar Miguel Ángel y Hiernaux Daniel (coords.) **Lugares e imaginarios en la metrópolis**. Cuadernos A. Temas de Innovación Social. Barcelona. Ed Anthropos y UAM-Iztapalapa. 2006. p. 161-169.
- LÓPEZ Monjardín Adriana y Verduzco Ríos Carolina. “Vivienda popular y reconstrucción” en: **Cuadernos Políticos**. Numero 45. Enero-marzo 1986. México. Ed. Era. 1986. p. 25-37.
- MADERUELO Javier. **El paisaje. Génesis de un concepto**. Madrid. Abada Editores. 2005.
- Milani Raffaele. **El arte del paisaje**. Madrid. Editorial Biblioteca Nueva. 2007. p. 250.
- PÁEZ D. y N. BASABE. “Trauma político y memoria colectiva. Freud, Halbwachs y la psicología política contemporánea” en: *Psicología política*. No 6. Mayo 1993. p. 7-34. Disponible em <http://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N6.htm>. Acesso em: 23 maio 2011.
- OROZCO Mónica “Abruman delincuencia y perros a Tlatelolco” en: **El Universal**. 13 de febrero de 2004. México. Disponible em http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_notas=57126&tabla=ciudad Acesso em: 27 maio 2011.
- PANTOJA Sara. “Tlatelolco: convivir con el crimen” en: **El Universal**. Domingo 3 de diciembre de 2006. México. El Universal. Disponible em <http://www.eluniversal.com.mx/ciudad/81019.html> Acesso em: 27 maio 2011.
- PAUL Carlos. “Rinden homenaje al muralista Nicandro Puente” en **La Jornada**. Lunes 6 de agosto de 2007 Disponible em <http://www.jornada.unam.mx/2007/08/06/index.php?section=cultura&article=a11n1cul> Acesso em: 27 maio 2011.
- PONIATOWSKA Elena. **Nada, nadie. Las voces del temblor**. México. Ediciones Era. 2005. p. 310.
- RAMÍREZ Juan Manuel. “Impacto Urbano de las Organizaciones Populares en México: 1980-2002” Documento de discusión. Working Paper Series. Austin. Center for the Study of Urbanization and Internal Migration in Developing Countries Population Research Center The University of Texas at Austin. 2003. Disponible em <http://www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/wp0315b.pdf> Acesso em: 12 maio 2011.
- ROBLES Johana. “Éxodo y repoblamiento en Tlatelolco” en: *El Universal* Jueves 08 de septiembre de 2005. Disponible em http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_notas=70713&tabla=ciudad. Acesso em: 18 abril 2011.
- SARUP Madan. **Post-structuralism and postmodernism**. Harlow, Essex. Longman. Pearson Education. Inglaterra. 1993. p. 206.
- SILVA Armando. **Imaginarios Urbanos. Bogota y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina**. Bogotá. Tercer Mundo Editores. 1992. p. 293.
- SILVA Armando. “Centros imaginados de América Latina”, En: Lindón Alicia, Aguilar Miguel Ángel y Hiernaux Daniel (coords.). **Lugares e imaginarios en la metrópolis**. Cuadernos A. Temas de Innovación Social. Barcelona. Ed Anthropos y UAM-Iztapalapa. 2006. p. 43-66.
- VERGARA Abilio **Imaginarios: horizontes plurales**. México. CONACULTA /INAH. 2001. p. 227.

Imágenes:

1. Ubicación de Tlatelolco. Elaborada por Luis A. Castellanos Fajardo.
2. La plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco. Fuente:
<http://edcarsi.wordpress.com/2009/02/25/la-plaza-de-las-tres-culturas/>
3. Vivienda y espacios públicos de Tlatelolco. Foto: Liliana López Levi
4. Vivienda en Tlatelolco. Foto: Liliana López Levi.

ⁱ La Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero, la Unión Popular de Inquilinos de la Colonia Morelos, la Unión Popular “Martín Carrera”, la Unión de Inquilinos de Copilco.

ⁱⁱ La Asamblea de Barrios se conformó a partir de la fusión de cinco organizaciones de inquilinos: la Coordinadora de Cuartos de Azotea de Tlatelolco, el Comité de Lucha Inquilinaria del Centro, parte de la Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero, la Unión Popular de Inquilinos de la Colonia Pensil y la Unión Popular de Inquilinos de la Colonia Peña Morelos (Ramírez, 2003: 7-8).

Recebido para publicação em 20/04/2012
Aceito para publicação em 29/05/2012